

Catedra: Doctrina social de la iglesia

Carrera:

Comisión

Docente: Giuliatti, Lautaro

Alumno:

Clase N°6

## **El papel de la Iglesia en la promoción de la salud y la asistencia social**

La Iglesia, guiada por el mandato evangélico de amar y servir al prójimo, ha desarrollado a lo largo de la historia una misión socio-sanitaria que trasciende la mera asistencia médica. Mediante *Gaudium et Spes* (1965), el Concilio Vaticano II articuló una visión antropológica integral, insistiendo en que “los gozos y esperanzas... de los hombres de hoy son también los sentimientos de los discípulos de Cristo” (n. 1). Más tarde, *Christifideles Laici* (1988) afirmó que “los fieles laicos... están llamados a desarrollar sus talentos al servicio de los demás en el mundo de la salud” (n. 53), integrando así la caridad organizada en el tejido socio-sanitario.

### **Gaudium et Spes (Alegoría y esperanza)**

“*Los gozos y esperanzas, las penas y las angustias de los hombres de hoy... son también los gozos y esperanzas, las penas y angustias de los discípulos de Cristo*” (n. 1). Con estas palabras iniciales, el Concilio establece que la Iglesia no es ajena al sufrimiento humano, sino que comparte y atiende las necesidades de todos, marcando el compromiso común entre fe y bienestar.

La Iglesia reclama que los tratamientos médicos reconozcan al enfermo como persona íntegra; el cuerpo no es un mero objeto, sino “sacramentum” de la comunión entre Dios y la humanidad. “*El hombre, aunque esté formado de cuerpo y alma, es uno..., y su dignidad proviene de esta realidad. Por ello, se rechaza que la vida corporal sea despreciada*” (n. 14).

El Concilio impulsó organismos como el Pontificio Consejo para la Justicia y la Paz, nacidos de la misma *Gaudium et Spes*, que han promovido luego políticas públicas de salud y cooperación internacional en escenarios de crisis sanitarias. “*Una forma especialmente destacada de actividad internacional de los cristianos se halla en los esfuerzos conjuntos... para la construcción de una comunidad fraternal de naciones*” (n. 90).

### **Christifideles Laici (Cristianos Laicos)**

Christifideles Laici eleva el apostolado laical, otorgando a médicos, enfermeros y voluntarios una misión espiritual y profesional: santificar su trabajo y transformarlo en testimonio vivo de caridad. “*Los fieles laicos, mediante su actividad profesional y social, están llamados a desarrollar los talentos recibidos al servicio de los demás... también en el ámbito de la salud*” (n. 53).

Esta llamada subraya la colaboración entre clérigos y laicos en la gestión de centros sanitarios

católicos, donde capellanes y laicos coordinan juntos asistencia médica y acompañamiento espiritual. *“Para aumentar la comunión en la Iglesia... los Pastores reconocen la necesidad recíproca del sacerdocio ministerial y del laicado”* (n. 67)

En la práctica, esto ha dado lugar a comités de salud en parroquias, brigadas de asistencia domiciliaria para ancianos y campañas de prevención en barrios vulnerables.

### **Jesús, el Buen Samaritano: modelo de compasión y sanación.**

Desde el inicio de su predicación, Jesús vinculó el anuncio del Reino con la sanación física y espiritual.

*“Jesús recorría toda Galilea, enseñando en las sinagogas, proclamando el evangelio del reino y sanando toda enfermedad y dolencia en el pueblo”* (Mt 4:23).

Aquí se ve que para Jesús no había separación entre mensaje salvador y curación concreta: el evangelio se encarna en el servicio al enfermo. Esa praxis se transmitió a sus discípulos: *“Y les ordenó que predicasen, diciendo: ‘El reino de los cielos se ha acercado’. Sanen enfermos, resuciten muertos, limpien leprosos, echen fuera demonios; de gracia recibisteis, dad de gracia”* (Mt 10:7–8).

La Iglesia, como cuerpo de Cristo, hereda ese mandato. No se trata de un ideal opcional, sino de un mandato misionero: predicar y sanar van unidos, porque el Dios de la vida quiere restaurar la integridad de la persona, cuerpo y alma.

### **Amor al prójimo**

El Nuevo Testamento remarca que la fe auténtica se expresa en obras de caridad y justicia hacia los más vulnerables. Santiago afirma: *“¿De qué aprovecha, hermanos míos, si alguno dice que tiene fe, pero no tiene obras? ¿Podrá la fe salvarlo? Si un hermano o una hermana están desnudos, y falta el sustento de cada día, y uno de vosotros les dice: ‘Id en paz, calentaos y saciaos’, pero no les dais lo necesario para el cuerpo, ¿de qué sirve?”* (Stg 2:14–16).

El criterio evangélico de justicia social reclama atender las “necesidades corporales” de quienes carecen de lo básico. Pablo lo enmarca en el mandamiento nuevo:

*“Un mandamiento nuevo os doy: que os améis unos a otros; como yo os he amado, también vosotros amaos unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos: en que os amáis unos a otros”* (Jn 13:34–35). Por lo tanto, amar al hermano incluye garantizar su derecho a la salud, pues sin salud digna no hay pleno desarrollo de la persona.

La parábola más famosa sobre caridad y cuidado es el relato del Buen Samaritano:

*“Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de salteadores, que le quitaron todo lo que tenía, le hirieron y se fueron, dejándolo medio muerto. Bajó un sacerdote, lo vio y pasó de largo; un levita hizo lo mismo. Pero un samaritano, al verlo, se compadeció; acercándose,*

*curó sus heridas con aceite y vino, lo montó en su cabalgadura, lo llevó a un mesón y cuidó de él” (Lc 10:30–34).*

Jesús sitúa su enseñanza en el camino real que une Jerusalén con Jericó, un sendero traicionero de unos treinta kilómetros en el que, según los viajeros, acechaban bandidos dispuestos a asaltar y dejar medio muertos a quienes cruzaran por sus escarpados desfiladeros. Allí, un hombre “bajaba de Jerusalén a Jericó” (Lc 10, 30) cuando fue atacado, asaltado y abandonado a su suerte. En aquella geografía abrupta, donde el terreno agreste y la ausencia de seguridad pública convertían el viaje en prueba de vida o muerte, Jesús plantea un escenario dramático que ya en sí mismo evocaba peligro y urgencia.

Aún más significativo resulta el contraste étnico y religioso que introduce la parábola: sacerdotes y levitas, representantes respetados del culto jerosolimitano, optan por pasar de largo al ver al herido, tal vez por temor a contaminarse y quedar impedidos para el servicio del Templo. Sin embargo, quien se detiene y actúa es un samaritano, miembro de un pueblo que para los judíos del siglo I encarnaba la herejía y la impureza, pues los samaritanos—descendientes de habitantes mixtos repoblados por Asiria tras la caída de Israel—rechazaban el Templo de Jerusalén y veneraban en el monte Gerizim. Lo que era socialmente inimaginable se vuelve el corazón del mensaje: la compasión auténtica no nace de la posición social ni del rigor legal, sino de un corazón abierto que reconoce al otro como “prójimo”.

Conmovido, aquel extranjero cura las heridas del viajero con aceite y vino—remedios básicos de la época—lo monta en su propia montura, lo conduce a un mesón y paga por su cuidado, asegurándose de que sea atendido hasta su recuperación (Lc 10, 34–35). Su gesto es una encarnación viva de la misericordia, que no se conforma con un saludo ni con la mejor voluntad, sino que exige implicación, sacrificio personal y corresponsabilidad. Al preguntarle luego al intérprete de la ley “¿Quién de estos tres te parece que fue prójimo del que cayó en manos de los salteadores?”, Jesús responde: “Ve y haz tú lo mismo” (Lc 10, 36–37), convocando a cada creyente a trascender barreras culturales, prejuicios religiosos y formalismos legales para poner la caridad en acción.

Esta parábola, situada en una ruta infame y articulada sobre tensiones milenarias entre judíos y samaritanos, revela el núcleo del Evangelio: la caridad que sana y acoge no se enmarca en el cumplimiento de un ritual ni en la pertenencia a un grupo, sino en el cumplimiento radical del mandato de amar al prójimo “como a uno mismo” (Mc 12, 31). Por ello, la Iglesia, siguiendo el ejemplo samaritano, está llamada a organizar hospitales y redes de asistencia social donde todos—sin distinción de credo, origen o estatus—encuentren cuidado corporal y acompañamiento espiritual, haciendo del servicio al enfermo una verdadera manifestación del amor de Cristo encarnado.

Jesús escoge un forastero (el samaritano) como paradigma de misericordia. La Iglesia se reconoce en este samaritano: no importa origen o condición, sino la compasión activa. La asistencia social es, por tanto, samaritana: curar heridas, acoger a los heridos de la vida y sostenerlos en su fragilidad.

En Mateo, Jesús identifica el servicio al pequeño con el servicio a él mismo:

*“Porque tuve hambre y me disteis de comer, sed y me disteis de beber; estuve enfermo y me visitasteis... En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis”* (Mt 25:35–40).

Este pasaje legitima al enfermo y al pobre como portadores de la presencia de Cristo. El servicio sanitario deja de ser asistencia secular para convertirse en sacramental: acto litúrgico de caridad, donde Cristo se hace presente en el rostro del necesitado.

**La Santa Sede: La salud es un derecho universal y debe ser una realidad para todos:**

<https://www.vaticannews.va/es/vaticano/news/2024-05/santa-sede-la-salud-es-un-derecho-universal.html>